

Las verdades etnológicas de Monseñor Pablo Cabrera

Una etnografía de archivos en la ciudad de Córdoba

Mariela Eleonora Zabala





Mariela Eleonora Zabala (1975)
Profesora y Licenciada en Historia (FFyH-UNC) y Magister en Antropología (FFyH-UNC 2010). En la actualidad cursa el Doctorado en Ciencias Antropológicas (FFyH-UNC) y cuenta con una beca doctoral de la SECyT-(UNC). Desde 2001 trabaja en el Museo de Antropología (FFyH-UNC) desarrollando actividades de docencia, investigación, extensión y gestión; y desde 2010 es profesora del Área Teórica Metodológica de la Licenciatura en Antropología (FFyH-UNC). Sus trabajos académicos tienen como objeto de estudio los distintos modos de hacer ciencias antropológicas en Córdoba a través del tiempo, el patrimonio y los museos.

Prólogo

Las verdades etnológicas de Monseñor Pablo Cabrera. Una etnografía de archivos en la ciudad de Córdoba de Mariela Eleonora Zabala es un trabajo ejemplar que nos hace preguntarnos y replantearnos muchos de los problemas relativos a la historia de la antropología y el pensamiento social en Argentina; pero también respecto a lo que consideramos modernidad y modernización. Por ello, en el caso del libro que estamos presentando, ambos problemas van de la mano y exceden el caso específico de la antropología.

Acostumbramos a pensar la historia de la disciplina como naciente en Europa occidental (específicamente en Gran Bretaña y Francia) y en los Estados Unidos de América. En estos países la preocupación por el otro habría cobrado el carácter de científica. Si, por acaso encontráramos preocupaciones por la *otredad* anteriores (o simultáneos) a los planteos metropolitanos, tendemos a considerarlos *pre-científicos* y *pre-antropológicos*. El caso de los cronistas de indias es un buen ejemplo, pero también podríamos ampliar a textos como *Una excursión a los indios Ranqueles* de Lucio V. Mansilla o *Calvulcurá y la dinastía de los piedra* de Estanislao Zeballos, ambas obras que implicaron cierto conocimiento directo con poblaciones no-occidentales y algún tipo de explicación sobre ellas y que, a diferencia del pensamiento europeo de la época, estos grupos humanos no fueron percibidos como aislados en un mundo primitivo sino en constante fricción con el Estado nacional argentino. De todas maneras, tenemos cierto prurito a reconocer estos estudios realizados en el Siglo XIX como puramente antropológicos. Esto no nos ocurre con obras tales como *The Golden Bough* de Sir James Frazer o *Primitive Culture* de Edward Tylor, obras también escritas en el Siglo XIX y que, si bien tuvieron una pretensión de universalidad y conceptualización que las obras argentinas no tuvieron, también es verdad que se caracterizaron por mostrar un casi total desconocimiento de las poblaciones extra-europeas de las que estos trabajos se referían con total autoridad. Aún así, los primeros serían aficionados, los segundos especialistas, y es aquí en dónde el libro de Zabala nos hace reflexionar en el caso específico de Monseñor Pablo Cabrera, objeto del presente libro, pues la autora nos describe de una forma inmejorable cómo en el contexto de congresos internacionales, incluso realizados en Argentina, durante las primeras décadas del Siglo XX, investigadores argentinos, o que vivían y trabajaban en el país, como Florentino Ameghino,

Roberto Lehman-Nitsche, Lafonte Quevedo, Juan Ambrosetti o el propio Cabrera, se preocuparon y realizaron investigaciones respectivas al problema del poblamiento y origen del hombre en América al tiempo que discutieron en el contexto de esos congresos internacionales con otros eruditos como Hrdlicka (o en el caso de Cabrera, permanecieron al parecer cayados pero presentes en el debate). Sin embargo, estamos empecinados en afirmar que el origen y el desarrollo maduro de la disciplina se realizó en las metrópolis. Si Ameghino, Lafonte Quevedo o Cabrera eran contemporáneos y discutían con antropólogos que trabajaban en Estados Unidos como Hrdlicka problemas que podríamos considerar generales de la antropología ¿por qué éste, también contemporáneo de, por ejemplo Boas y Malinowski, es más moderno y contribuyó a la antropología general más que sus antropólogos contemporáneos argentinos? Claro que, en este caso particular, el investigador norteamericano estaba en lo cierto y Ameghino equivocado, pero ¿no es también verdad que el acierto del primero se conforma en relación al “error” del segundo y en un momento de diálogo entre ambas posturas? En vez de cómo una ciencia nace y madura en las metrópolis para sólo después ser exportada y tomada en la periferia con mayor o menor éxito, el libro de Zabala nos ayuda a vislumbrar cómo - y saliéndonos del pantanal que implica el problema de los orígenes - diferentes antropologías se constituyeron mutuamente y, a partir de esa mutualidad, analizar cómo se fueron estableciendo relaciones de dominación y subordinación entre unas y otras, pero sin dar a estas relaciones y sus elementos como apriorísticos.

El problema que plantea Zabala respecto a la distinción entre “especialistas” y “aficionados” nos conduce también a otro logro del libro. Sabido es que como parte de la política de establecer la antropología como ciencia Bronislaw Malinowski en Gran Bretaña arremetió una lucha contra los estudiosos sobre culturas y sociedades no europeas o europeizadas que no tuvieran el aval de la academia. Sus grandes enemigos fueron los viajeros, comerciantes y especialmente los misioneros. Se asumió así que un etnógrafo profesional que residía uno o dos años en una aldea conocía más de su gente que, por ejemplo, un misionero que había vivido en esa misma aldea por una buena parte de su vida, conocía y era conocido por todos y dominaba la lengua nativa. Si bien es verdad que esto sirvió para consolidar la disciplina en el ámbito académico y en el mundo científico, la pregunta puede seguir inquietando: ¿sólo los profesionales están habilitados para hacer descubrimientos? ¿Qué pasa si un aficionado realiza un aporte original a la disciplina? Y por el contrario, y aún más inquietante,

¿Qué pasa cuando un profesional, que cursó una carrera y ocupó cargos relevantes en áreas de investigación y formación no realiza ningún aporte a la disciplina? Si, como lo demuestra Zabala, el conocimiento sobre la localización de las comunidades indígenas en Argentina que poseía Monseñor Cabrera era más exacto que el de otros investigadores laicos argentinos, pues el primero manejaba los informes de los cronistas de indias, de misioneros en general y de las secretarías parroquiales en donde se registraban a las personas al momento de darles los sacramentos del bautismo y la extremaunción, nos hace pensar sobre la viabilidad meramente burocrática de ser considerado un especialista o un aficionado, un religioso o un laico para el problema, creo más fundamental, de la realización y validación de los descubrimientos científicos.

Pero la complejidad del libro de Zabala no está en hacer ver que la modernidad en Europa implicó la purificación y división de las esferas entre la ciencia y la religión, el Estado y la Iglesia o el profesionalismo versus el amateurismo mientras que en Argentina todo estaría mezclado. Por el contrario, nos señala que la modernidad y la modernización es más compleja que una pureza en las metrópolis o hibridaciones en las periferias. Para Cabrera la verdad de la ciencia y la verdad de la religión no siempre se mezclan. Sus textos científicos son diferentes a sus textos religiosos, en especial cuando se refiere al problema del origen del Hombre. Esto nos vuelve a una modernidad clásica y nos hace nuevamente pensar qué tipo de modernidad se ha y se está produciendo en Argentina. Nos hace pensar que más que modernidad existen y existieron modernidades, que no siempre “el especialista” está mejor formado que “el amateur” y que no siempre en estas modernidades la verdad de la religión está peleada con la verdad de la ciencia.

Rolando Silla

La autora analiza las tensiones entre las verdades de la doctrina católica y las verdades del racionalismo científico, en la figura de Monseñor Pablo Cabrera, considerado el padre de la historiografía de Córdoba. Monseñor Cabrera desarrolló su carrera de sacerdote y de investigador en historia y etnología en el cambio de siglo del XIX al XX, siendo contemporáneo del movimiento reformista universitario de 1918, a partir del cual comenzó a enseñar Etnología Argentina. Valiéndose de una minuciosa etnografía de archivos históricos, la autora nos muestra cuán necesario es despojarnos del preconceito de que ambas verdades, la teológica y la científica, son irreconciliables. En el mismo hombre, en la misma mente, unas y otras se entrecruzan, revelando una frontera flexible y poblada de porosidades y ambivalencias entre saberes, lógicas e instituciones. Este volumen obtuvo la 1ra mención del Premio Eduardo Archetti 2012.

"La autora ha encontrado una forma original de enfocar el tema y tensión entre religión y ciencia, alojándolo en una persona: Monseñor Pablo Cabrera, a la vez clérigo de renombre y persona de ciencia. La autora es una agudísima observadora de su 'campo' y de la gente que allí trabaja, de las redes que constituyen los archivos, los documentos, los objetos.

Es una 'etnografía' entre comillas porque puede ser un trabajo de antropología, etnohistoria o incluso de historia. Pero ciertamente revela algo muy importante sobre el desarrollo de la antropología en Córdoba". (Marit Melhuus)

"La obra explora la geopolítica del conocimiento y a la vez el archivo como producción cultural. Ambos temas son interesantes y relevantes y sobre ambos existe una amplia e interesante literatura... Acaso el argumento no dicho en esta tesis es que la imbricación entre Iglesia y Estado (Universidad) en la producción de conocimiento haría parte de las antropologías del sur. Es para seguir pensando". (Mercedes Prieto)

ISBN 978-987-1983-00-1



9 789871 983001